

EL DEFENSOR DEL OBRERO

La trata de blancas

En pleno siglo XX va tomando proporciones afrentosas un nuevo género de esclavitud, más innoble que la de los negros, que pasó. En mercados numerosos, casi a la luz del sol, se vende hoy carne de mujer para el placer con el mismo bárbaro cinismo con que se vendía en los antiguos mercados de Caldea.

Nosotros creemos que no debería llamarse «trata de blancas», eso es un eufemismo elegante que no dice nada y que debería ser sustituido por otro nombre más exacto, que no oculte lo horrible, la verdad, que pueda herir la imaginación popular.

Debería llamarse *comercio de esclavas*, porque eso es, porque ya no se trata de que la mujer venda placer—venta ignominiosa—, sino de vender, comprar, ceder, importar o exportar a la mujer misma como si fuera ganado lanar u otra mercancía cualquiera.

Eso es precisamente la esclavitud, eso va contra la dignidad humana, que ponen a salvo todos los Códigos, y eso se hace en España y en Madrid, sin que se levanten las piedras contra esos traficantes, sin que la opinión se alarme, sin que los Gobiernos imputen esa llaga con asco y con violencia.

Esa esclavitud es nueva, es la que comienza a pulular en esta civilización nuestra, sensualizada y decadente.

Y contra ella hay que reaccionar desde la calle y desde el Parlamento si no queremos que un día se convierta nuestra sociedad en un pantano de ignominia.

S. A.

Humorística

¡Pobrecitos...!

De las casas son los niños la alegría, de los padres son los hijos la ilusión; pero hay niño ¡coracoles! que se cria para darle a los vecinos el tostón.

Tengo yo sobre mi piso una criatura que le ha dado por tocar el cornetín y hay que oír cuanta hermosa floritura hace ya en el instrumento el chiquitín.

Otras veces, militares sñiciones demostrando, el paso lleva y a compás es prodigio como apríeta los tacones

mientras dice entusiasmado. tras, tras, (tras.

Deliciosa es la criatura, es un entán mimada por sus padres con cariño, (canto: que a la más mínima cosa ¡cielo santol ¡Hay que ver cómo las gasta el pobre (niño!

Tengo al lado también un matrimonio, (nio, cuya prole numerosa me ameniza; están hechos del mismísimo demonio, que parece que en sus juegos les atiza.

Unas latas en el rabo le colgaron a su gato ¡pobre bicho! el otro día, y fué tal el zipizape que me armaron que tuvimos que llamar a un policía.

Abajo, un mamoncillo que se lleva durmiendo todo el día el pobrecito, pero de noche... ¡virgen de la Cueva! ¡qué pulmones más fuertes de angelito! ¿Quieren ustedes más? ¡Hasta los míos. Han convertido mi despacho en pista, y da gusto de ver con cuantos-brios allí cultivan el sport ciclista.

Yo ya no puedo más; me tienen loco y si digo una vez fuera flaqueza o estrellaré algún chico como a un coco o me tiro a la calle de cabeza.

Porque... son de las casas la alegría; de los padres los hijos, la ilusión, pero yo, amigo Rico, votaría porque venga otro Herodes cada día a librar a los vecinos del tostón.

S. SANTAMARIA DE PAZ

Estudios Sociales

HOMBRES DE TABERNA Y HOMBRES DE IGLESIA

Si me preguntáis el por qué del epígrafe que encabeza estas líneas, os diré que es una comparación que quiero hacer de los hombres sin Dios, sin religión, hogar, ni familia, con respecto a aquellos otros amantes de Dios, que profesan una religión y son hábiles pilotos que dirigen esa pequeña embarcación, la familia, a un puerto seguro.

Vamos, pues, a establecer un símil entre los adoradores de Dios y los satélites del vicio, plaga saquerosa que convierte al hombre en un ser irracional. Ahora bien, como mejor podemos conocer esa antinomia es dirigiendo nuestra vista a uno de esos antros repugnantes: la taberna.

En la taberna veremos lo mismo al artista sencillito que al pobre harapiento, que emplea el óbolo de la caridad en sostener ese vicio que ha ido demoliendo poco a poco y llegará por fin a derribar el hermoso edificio de su existencia.

Allí no hay más que blasfe-

mias, insultos, imprecaciones, y hasta si cabe, por una cosa, la más baladí, es el nombre bendito de la religión pisoteado y escupido por la inmundada baba de los adoradores de Baco.

De la taberna sale el mitin, la sedición, la huelga. Hombres sin un átomo de fe, seres sin un adarme de paciencia, criaturas sin un poco de caridad, no sobrellevan resignados la opresión de unos pocos. Y claro es, asfixiados por los vapores del vino, azuzados por las palabras de un hablador sempiterno, imbuídos por sus ideas, maquinan y piden a voz en grito la huelga, que arrastra tras sí, como tromba horrible, el hambre, la desnudez y por último, la sangre ¡casas! de algún inocente.

En esas cloacas no hay un recuerdo para la familia, hombres encanecidos en en el vicio no se acuerdan ni de la amante esposa, ni de sus queridos hijos que esperan ansiosos la vuelta de su padre.

Allí, en la taberna, se han olvidado de lo más necesario; de lo más sagrado, de llevar el jornal de la semana a aquella sufrida y paciente compañera. Mientras tanto, él, su esposo, está consumiendo el dinero ganado durante... ¡seis días! con el sudor de su frente. ¡Pobre mártir del dolor y del sufrimiento! No esperes, no, que tu esposo tenga para tí palabras de dulzura y de cariño. Quizá al volver a casa a altas horas de la noche, te insulte y no tenga para tí más que una criminal bofetada, que tú sufrirás valiente y heroica para que aquellos pedacitos de tu corazón que duermen el sueño del hambre y de la desgracia, no se percaten de que tu esposo, el padre de ellos, puso sus manos en tus pálidas mejillas.

De la taberna salen todos los vicios: allí se encuentran los hombres de la concupiscencia desenfrenada, que piden gozos, placeres, nunca llegan a hartarse por más que se revuelvan en el lodazal de sus más groseros apetitos; allí se encuentran los hombres de rapiña, que aspirando a grandes sorbos la copa de vino, conciertan el robo y auechan al débil para despojarlo por

fuerza o por astucia, llegando en su osadía a rondar en torno de la habitación de la viuda y del huérfano. Allí en la taberna se maquina y elabora el suicidio, el crimen; por una jugada, por un encuentro, por una palabra más o menos insultante... salen desafiados a la calle dos, tres o más hombres; y allí un puñal, un revólver... ¡sangre! Un muerto y algún herido. ¿Quién lo ha hecho? El vicio. Los hombres de taberna, a quienes importa un bledo la religión, la familia, Dios mismo.

Si ponemos ahora en parangón los hombres de taberna con los que no lo son, que aman a Dios, que no tienen otro recreo que el hogar, ni más alegría que vivir para sus hijos y que son el firme baluarte contra el que se estrellan las maquinaciones de sus más poderosos enemigos... ¡qué contraste! ¡Qué diferente modo de ser el de unos y el de otros! El cristiano no asiste a la taberna; es más, huye de ella. El hombre de fe frecuenta la iglesia; allí oye las máximas divinas del Evangelio, que le enseña a respetar la propiedad ajena, a amar a las autoridades; que le inculcan el respeto y cariño lo mismo al rico que al pobre, al sabio que al ignorante. Del Evangelio aprende el obrero las glorias reservadas al trabajo, la recompensa que tiene el obrar como Dios manda. Y cuando el cristiano sale de la Iglesia, le verá alegre y contento porque ha cumplido sus deberes, porque es amante de sus hijos y quiere ser el espejo donde ellos se miran para que más tarde pueden ser piedras sólidas donde se cimienta el más suntuoso palacio: la sociedad; el más rico edificio: la familia.

De las enseñanzas del Evangelio nace el que en la casa cristiana no haya disgustos ni tristezas, y si Dios se digna enviarlas, se entran con resignación, con alegría, porque se ve lo mucho que Dios quiere a sus moradores enviándoles ese crisol donde pueden ir purificando sus culpas.

El operario cristiano no piensa más que en sus hijos y amante